

por tal declaración, y balbucea á media voz:

—Pero si ellos me saludan en la escalera, yo no he de... no he de...

Y pone lastimoso talante, algo azorado. Madrina se siente llena de remordimiento y de compasión. ¡Pobre criatura! ¡Tan niña, y ya la torturan las diferencias de los hombres! No obstante, es imposible consentir. Madrina emite un principio decisivo:

—Nunca debe olvidarse la cortesía. Naturalmente, si os encontrais por la escalera, debéis saludaros. Pero conviene que no alternes con esos chiquillos.

La cosa mejora. Madrina ha recobrado su amabilidad. Minnie no alternará con los niños Peborde; entendido. Pero si la casualidad les aproxima, no le está prohibido saludarles. Por algo se empieza... El rostro de Minnie se aclara; la niña dobla su labor y propone lo siguiente:

—¿Podría poner á Bobby el delantal de mi muñeca grande? Él sería mi compañero de juegos, puesto que no tengo otro...

Madrina no se siente con valor para negárselo. Bobby pagará las consecuencias de su firmeza, resultando con ello nueva víctima indirecta de las pasiones anticlericales.



CAPITULO IV

TODAS las mañanas á las once menos cuarto, como el tiempo no esté muy malo, Minnie acostumbra á dar un paseo con la señorita Noemi. Ésta es la regla establecida por madrina quien, en todas las cosas ama el orden y la disciplina. A Minnie no le interesa exageradamente, sobre todo, cuando no es su fantasía la que dicta su aplicación. Así que más de una vez pasó inadvertida la hora del paseo. Pero hace algunos días que le ha dado por ser puntual, tan puntual, que hoy ha sido la propia Minnie quien ha preguntado si era ya hora de vestirse. Días atrás se quejó, infinidad de veces, con alguna acrimonia, de la escasa variedad de los itinerarios y de la fealdad de los lugares

que rodeaban la calle de Varennes. Pero, ahora, guapamente se acomoda á ellos; mejor dicho, es ella la que, rehusando toda modificación, parece encantada de dar cada día el mismo paseo. Siguen la calle hasta la explanada de los Inválidos, siempre por la acera derecha; luego se dirigen á la izquierda y entran en un parquecillo enverjado, contiguo al hotel. Allá se invita á la señorita Noemi á tomar una silla y á sentarse, mientras Minnie se entretiene jugando sobre la arena.

¿A qué se debe tanta puntualidad en Minnie, de ordinario tan aficionada á quebrantar las consignas? ¿A qué esta regularidad en Minnie, de ordinario tan ávida de cambios y de novedades? Madrina se felicita por los progresos del espíritu de disciplina en su pensionista atribuyéndolos en gran parte á su propia influencia. Madrina es una mediocre observadora y su error es profundo. La causa principal de que se desarrolle esta virtud en Minnie es muy distinta. Radica principalmente en estos dos hechos: primero, que por el itinerario escogido pasa por delante del instituto Vornage; segundo, la salida de los discípulos del instituto Vornage tiene lugar á las once.

El instituto Vornage, situado en el número 64 bis, tiene por objeto la pre-

paración de los niños de ambos sexos para su ingreso en el circo; allí se les inculcan los principios elementales de una educación estrictamente laica y democrática. El señor Vornage es el propio hermano del concejal radical-socialista de Grenelle y autor del *Manual del ciudadano*, prefaciado por D. Fernando Buisson, y honrado con la suscripción del ministerio de Instrucción pública. Contrajo matrimonio civil con la señorita Archimbau, hija del proscripito de la *Commune*, asociado á su obra pedagógica. Esos títulos explican suficientemente por qué el diputado Peborde confió al instituto Vornage el cuidado de formar la inteligencia y el carácter de su hijo Maximiliano y de su hija Sofía. Todas las mañanas, yendo á la plaza, la cocinera les deja, á las nueve, á la puerta del colegio. A las once, la muchacha que asume las funciones de criada de los niños y doncella de la señora Peborde, va á buscarles, escoltada de Lulú, y á fin de que suceda el recreo necesario al ejercicio cerebral; les acompaña al parque de los Inválidos cuyas condiciones de higiene son excelentes y donde pueden dedicarse á interesantes estudios comparados sobre la galantería de los jóvenes militares pertenecientes á distintos cuerpos y la de los viejos inválidos, los cuales, no sin

lozanía, conservaron las tradiciones caballerescas de la antigua Francia.

Ocurre, pues, que, casi cada día, Minnie y la señorita Noemi encuentran en la escalera ó por la calle á Lulú Peborde y á la criada; que las siluetas de sus hermanos mayores se dibujan ante el portal del instituto en el momento que Minnie lo deja á su derecha y, en fin, que un poco más tarde, vuelven á encontrarse en el parquecillo y se entregan por espacio de una hora á diferentes juegos, separados únicamente por un espacio de pocos metros. Es imposible que no resulte algo de semejantes coincidencias...

¡Oh! no vayan á imaginar que Minnie, olvidando sus promesas y las órdenes de madrina, haya anudado culpables lazos con los vecinos. La niña no pretendé «alternar con ellos», entendámonos, pero, según los mismos principios de neutralidad formulados por madrina, le es permitido saludarles al cruzarse con ellos, y jamás le fué prohibido mirarlos. Así que, todas las mañanas, Minnie contempla á los niños Peborde y los niños Peborde contemplan á Minnie.

De pronto, no sin cierta aprensión, Minnie empezó á examinarles. El anatemata que lanzara madrina sobre «esa gente», algunas frases evasivas pero inquietantes, que escaparon á la señori-

ta Noemi en respuesta á reiteradas preguntas, y unas categóricas declaraciones formuladas por Orasia, la incitaron á no aproximarse demasiado á los miembros de una familia que todos los días «comían carne de cura». Esta expresión, entendida primitivamente en sentido literal, inspiró á Minnie un terror provechoso que, desgraciadamente disminuyó muchísimo el día en que le fué revelado su verdadero sentido. Desde aquel entonces la niña aportó á sus observaciones mucha más libertad de espíritu. Y hoy se encuentra en estado de formular un juicio definitivo sobre todos los trazos característicos, cualidades y defectos de la progenitura del representante del pueblo.

Sofía Peborde, precisa reconocerlo, es una pécora. De tal la calificó Orasia. Minnie conviene en esto. Ello se debe al insultante menosprecio que profesa conscientemente en sus habladurías la señora Peborde, madre, para con la «vieja beata del primero»; se debe á las doctrinas igualitarias del colegio Vornage; se debe principalmente á que la joven Sofía Peborde pone en juego su amor propio, eximiéndose, para con su contemporánea, del perjuicio aristocrático de la cortesía y demostrándole un desdén sin límites, lo cual traduce principalmente con una significativa mueca

al encontrarla por la escalera, ó pisándola á lo mejor, aunque fingiendo no hacerlo adrede, y declarando en voz muy alta, durante sus estancias en el parque, que siente un horror atroz por los pazguatos que miran á los demás como bestias curiosas. Sofía Peborde no es una bestia curiosa. Es únicamente una niña flacucha, seca, un tanto mal educada, de tez oscura y ojos hundidos, que necesitaría un aire distinto del de París, y más cuidados que los que la señora Peborde puede dedicarle en medio de sus continuas visitas y otros muchos deberes que se imponen á una parisiense de Haut-Ariège.

Sofía Peborde tiene la misma edad que Minnie, pero no el mismo rostro, y tiene celos de Minnie con toda la acritud de una criatura doliente y comprimida. Las mejillas rosadas y redondas de Minnie, son un insulto á su cutis descolorido. Hasta los vestidos sencillísimos, pero de buen corte, de Minnie humillan los complicados desechos que á veces la señora Peborde extrae para su hija, de oropeles desusados. Cada vez que Sofía Peborde advierte la presencia de Minnie, la dirige un epíteto malsonante. Pero no deja de mirarla con el rabillo del ojo, y acaso, en el fondo de sí misma abriga la esperanza furtiva de que un día la casualidad las

reunirá, dándole pretexto de humillarla ú odiarla más intensamente.

Los sentimientos que la niña del primero inspira al homónimo del señor de Robespierre, son muy diferentes. Max tiene un año más que Minnie, pero su altura es poco mayor que la suya. Es un mozalbete delgado y débil, de rasgos muy finos, pero irregulares, y de boca nerviosa; casi sería feo si no tuviese un par de admirables ojos negros, semejantes á aquellos que de que se sirve con tanta eficacia su madre, pero mucho más hermosos, puesto que él no los emplea más que para mirar la vida, que ya le sorprende y con frecuencia le oprime. Abrióronse bajo el bello sol de Mediodía, no tan espléndido como el de los trópicos, pero con todo muy distinto del pálido sol de París. Empañáronse debilmente desde el día en que los muros grises de la capital y su cielo indeciso se reflejaron en ellos. Desde entonces vieron muchas cosas. Vieron el instituto Vornage, los profesores pedantes y cansinos, los quisquillosos condiscípulos que se burlaban de su acento del Mediodía. En la sombría estancia familiar observaron atentos y mudos, al señor diputado Peborde, perorando sin cesar sobre los derechos del hombre, y á la señorita Peborde que, con los labios pintados y los cabellos teñi-

dos de alheña, reclama agriamente las localidades de la ópera que el subsecretario de Estado de Bellas Artes debía mandar.

Durante interminables tardes encapotadas, contemplaban el arroyo fangoso, los húmedos tejados, el vuelo de las humaredas y las nubes que pasan. A través de la bruma parisiense, diríase que aquellos ojos aspiran á algo que les falta, á algo que necesitan indefectiblemente; piden espacio, cielos azulados, espléndida claridad, alegría, amor, belleza...

Un día, Max, venía del colegio Vornage, agobiado el corazón, el espíritu laso, torpes las piernas, sin energía. Y en tanto que lentamente subía la escalera de su casa, llegó de pronto á sus oídos una carcajada tan fresca, tan alegre, que le dió un vuelco el corazón. Vió descender hacia él á una hada pequeña, rubia y sonrosada, que brincaba como un pajarillo... Rápidamente bajó sus ojos negros. Pero la figura de Minnie quedó grabada en ellos. Hízose Max á un lado, y algo cohibido, pero cortesmente, quitóse la gorra. Minnie contestó con una débil inclinación de cabeza. Y ni a madrina le pasó inadvertido el pálido semblante que puso el muchacho al saludarlas.

Desde aquel día, cada noche, al dor-

mirse, Max se pregunta:—«¿Veré mañana á la niña que encontré por la escalera?» Al despertar, éste es también su primer pensamiento, el cual le persigue camino de la escuela y le obsesiona ante el ajado pupitre. Su atención vuela. Le preguntan y no oye. Le regañan, le castigan, pero ¿qué importa? Los reproches no le hacen mella, permanece indiferente á las amenazas, solo le preocupa una cosa: la hora de la salida. La hora llega. Y sin pararse en las quisquillosidades de Sofia, la arrastra, la atropella, franquea el portal, apenas saluda á Lulú... sus miradas ansiosas van de derecha á izquierda, hacia la acera opuesta. Levanta su pecho un suspiro; sus facciones se dilatan; ha visto á Minnie y ella le ha visto también. La saluda. Ella le corresponde. Tórnanse pálido, enrojece. Su corazón late con una violencia deliciosamente dolorosa. Llegado al parque toma un libro ó hace como que juega con Lulú. Pero solo le asedia un pensamiento único. Con el rabillo del ojo atisba los movimientos de Minnie, y admira la gracia de sus gestos. Su risa perlina le acaricia el oído. Mientras ella remueve la arena, él la mira con apasionada avidez. Su imaginación sobreexcitada se pierde en novelescas divagaciones. Salva á la linda rubia de un incendio. La tiene

entre sus brazos; la oprime contra el pecho... Pero no se atreve siquiera á levantarse del banco donde está sentado para aproximársele. Tiene la intuición de los ódios de clases, y presente, sin haberlas medido, las distancias que le separan de aquella la niña de la vieja devota del primero.

Pero Lulú está menos al corriente de las pasiones contemporáneas. Lulú es un chiquillo mofetudo muy tranquilo, que no se anda en chiquitas. El otro día, al bajar la escalera, resbaló, perdió el equilibrio y cayó á los pies de Minnie. Antes de que tuviese tiempo de llorar, Minnie lo había levantado y le había puesto en la boca un bombón que ni siquiera podía adivinarse de donde lo había sacado. Desde entonces Lulú está enamorado de Minnie; completamente olvidado de las divisiones políticas y sociales, apenas advierte su presencia, por lejos que esté, la interpela y la dirige señales significativos, y por más discretamente que Minnie responda, se siente animado. El terror que le inspira la señora Pajarito (con este apodo designa á la señorita Noemi la familia Peborde) no basta á contenerle. Aprovechando la conversación de la señorita Alicia con algún militar de los que por allí pasean, dirige á Minnie sonrisas y gestos amistosos. Y cuando se decide á obedecer á

los mandatos imperiosos de la señorita Alicia, en quien renace el sentimiento del deber, no lo hace sin haber antes ofrecido á su amiga una hermosa hoja verde ó un guijarro blanco cuidadosamente escogido. Y muy á menudo obtiene en cambio, y se lo lleva muy apretado en la mano, un obsequio más ó menos valioso: un cromó, una bala ó una golosina. Días atrás, Sofía, pretextando que podía ser venenosa, quería obligarle á tirar una pastilla de chocolate que Minnie le diera; Lulú lloriqueó. Max intervinó, dió la razón al pequeño y dijo á su hermana que era una patosa. Minnie siguió la escena con el rabillo del ojo.

Así entre Minnie y los Peborde se teje poco á poco una trama cuyos hilos, al principio invisibles, van espesándose cada día más. Cada día se multiplican las miradas, las sonrisas se acentúan y Lulú se atreve cada día más. Todo ello no puede conducir más que á una catástrofe. ¿Por qué la señorita Noemi no pone inmediato fin á una situación tan llena de peligros?

¡Ay! la señorita Noemi pertenece á la estirpe de esos políticos que sin ser culpables de sus propias debilidades, creen que los abusos que toleran durarán tanto como ellos mismos. Su conciencia está cruelmente dividida. Ciertamente, es su deber evitar tales aproximaciones. La

señorita Noemi ha procurado por todos los medios posibles conducir á Minnie á otros lugares de diversión y á otros planes de paseo. Pero Minnie se ha negado á ello resueltamente. Dice así la niña: «Madrina no me ha prohibido ir al parque de los Inválidos. Quiero ir al parque de los Inválidos». Y esta es la verdad. No tiene réplica. Madrina tampoco dijo que huyeran de los niños Peborde. Sólo ordenó á Minnie que no les tuviese por compañeros de sus juegos. ¿Por qué no saludarles? Minnie está en su perfecto derecho y la señorita Noemi no falta en nada á las instrucciones recibidas al no impedir con un veto categórico el *modus vivendi* establecido. ¡Pero hasta qué punto desconoce las posibles consecuencias al tolerarlo!

Para descanso de su conciencia, la señorita Noemi ha intentado confiarse á madrina y pedirle órdenes precisas. Pero madrina la ha reducido al silencio á las primeras palabras y se ha referido á sus primeras instrucciones. La señorita Noemi ha vuelto á caer en sus perplejidades. Cuando contempla los rasgos duros y el semblante arisco de Soffa Peborde, se representa claramente las abominaciones de la política del *bloc*. Pero los bellos ojos de Max la conmueven; precisamente en la actualidad, en lugar de sacarle la lengua como hacen

otros niños, el mofletudo Lulú dirige á la señora Pajarito amables sonrisas algo medrosas todavía, pero que fuera crueldad rehusar. ¡Por otra parte, Minnie estaría tan triste si la prohibiesen su paseo cotidiano! Acaso ya no querría tanto á la señorita Noemi.

La señorita Noemi oscila entre las resoluciones más contradictorias sin que ninguna de ellas lleve trazas de pasar á ejecución... Los días se alejan. La Providencia decidirá. La señorita Noemi espera alguna circunstancia imprevista que conduzca la crisis al desenlace.

La deseada circunstancia tiene lugar, pero ¡cuán diferente de lo que ella esperaba!

Esta mañana, como de costumbre, Minnie instalóse en el parque sobre la silla de tijera; yacía á su lado olvidado el aro, al parecer la niña consagraba su tiempo al tocado y educación de su muñeca. Pero á menudo apartaba de ella los ojos para dirigirlos á los niños Peborde, quienes jugaban quince pasos más allá. Teniendo un negocio urgente de qué tratar con su primo militar, la doncella hubo de dejarles allí, recomendándoles que fuesen buenos muchachos, pues ella volvería á buscarlos dentro de un cuarto de hora...

El cuarto de hora se prolonga. Nadie se queja de la situación. Max tiene su

gramática sobre las rodillas, pero la concordancia del sujeto y el verbo no ocupa toda su atención. Sus ojos casi no se apartan del rostro de Minnie. Sofía emperifolla su muñeca, y, envidiosa, la compara con la de Minnie que es más bella. Lulú no se entusiasma jugando con maravilloso perrillo de cartón rosa con que le obsequiara el galante militar. Lo enseña á Max y á Sofía. El triunfo de la admiración de sus hermanos no le basta, quiere añadirle el de Minnie. Precisamente la señora Pajarito parece muy distraída esta mañana. Lulú Peborde, con el corazón palpitante, deposita su perrito sobre las rodillas de Minnie. Esta lo examina por uno y otro lado, prorrumpiendo en exclamaciones de elogio, y luego indica á Lulú con una señal, que se marche, para que la señorita Noemi no vaya á darse cuenta de todo. Lulú se marcha oprimiendo contra su corazón el rosado juguete y va á explicar su aventura á Max, quien ha seguido la escena. Max sonríe y al levantar los ojos se encuentra con los de Minnie que le sonríen también... Muchísimas veces Lulú repite la misma operación sin llamar la atención de la señorita Noemi, decididamente muy absorbida en la lectura del diario de la mañana. Se acerca á Minnie, vuelve á Max... La correspondencia empezada

entre los ojos azules y los ojos negros se prosigue y multiplica gracias al intermediario. Cambiáanse discretas señales de inteligencia... La misma Sofía sigue con interés estas maniobras.

Pero hé aquí el drama. Con las manos en los bolsillos, arrastrando los pies, la colilla en un vértice de la boca, un golfo descolorido de unos doce años, se dirige hacia la alameda, párase delante de Lulú y su perro y gruñe: «¡Bonito chuchol! No está mal el dije.» Luego, agachándose, coge deliberadamente el perro y se lo lleva debajo del brazo. Sobrecogido, Lulú permanece boquiabierto. Pero Max ha visto el latrocinio, se levanta del banco y exige al rapaz que devuelva la presa. Este se encoge de hombros, suelta una risilla burlesca y refunfuña en tono de amenaza: «¡Cállate la boca!» Max no se deja intimidar y protesta guapamente. El pilluelo lanza una ojeada á su alrededor; á parte de los niños, sólo hay en el parque la señorita Noemi, sumergida en la lectura del diario. Con gesto brusco, el malhechor propina á Max un fuerte papirotazo que le hace rodar el casquete. Max intenta responderle, pero el bribón le sale al paso con una zancadilla, le hace vacilar y se le echa fieramente encima. Sofía lanza estridentes gritos de terror y se tapa el rostro con las manos. Lulú se desga-

ñita. Pero Minnie, pronta como el rayo, requiere la varita del aro... y, sin la menor vacilación, se lanza sobre los combatientes y asesta rudos golpes al cráneo y espaldas del agresor. Este se vuelve sorprendido y le atiza en pleno rostro un formidable puñetazo que la hace tambalear. Entretanto la señorita Noemi, que por fin ha apartado la nariz del diario, acude despavorida lanzando fuertes gemidos. Páranse algunos transeuntes. Un guardia se acerca á pasos desmesurados.

.....
Madrina siente que los dedos se le entorpecen, deja la calceta, y, como siempre, dirige sus pensamientos á Minnie. ¡Pobre niña! ¡pues no se la pintaba el bueno de Mauricio muy turbulenta y un poco terca y á veces indomable! Es preciso tratar á los niños con sagacidad para adaptarles gustosamente á las conveniencias. ¡Con qué facilidad adquieren, á costa de un poco de paciente firmeza, el sentimiento de la autoridad bienhechora y necesarial! ¡Cuán pronto se ha adaptado Minnie á una existencia que, aunque madrina procurara dulcificarla, es sin duda harto monótona para su edad! ¡Con qué afabilidad renunció por sí misma á la manía un tanto alarmante que le hacía desear la compañía de los niños Pebordel! ¡Po-

bre Minnie! Es una gran lástima que no puedan comprarse en los grandes almacenes amiguitos vivientes como bebés parlantes ó caballos de máquina. Porque su ansia de compañía es natural... ¡Quiera Dios que la soledad no le pese! Madrina sentiría mucho que la niña se hastiara á su lado. Pero Minnie no lleva trazas de hastiarse. Invierte todo el día en risas y charlas. Con todo, algunas tardes está un poco ociosa...

De pronto madrina se estremece. Sus ojos se fijaron en el reloj. ¡Las doce y media! La señorita Noemi es puntual como un cronómetro. ¿A qué se deberá que Minnie no esté de vuelta? El terror latente y sempiterno se despierta en ella con gran viveza:—¡Dios mío! ¿Acaso un automóvil?... Madrina se levanta para asomarse á la ventana... En aquel instante óyese rechinar la cerradura del vestíbulo. La anciana lanza un suspiro de alivio, cambia de dirección, abre la puerta para reñir, aunque dulcemente, á las remolonas y... queda consternada ante el espectáculo que se ofrece á sus ojos.

La señorita Noemi, pálida, hosca, contraídos los labios por una mueca idiota, caído el sombrero sobre la oreja, parece la estatua de la desesperación... A su lado, Minnie se aprieta la nariz con un pañuelo cubierto de sangre. Tiene un

ojo descalabrado é hinchada la mitad del rostro...! Ante esta doble aparición, madrina junta las manos y deja escapar un grito.

—«¡Dios mío! ¿Pero qué ha sucedido?»

Con los labios agitados por un temblor convulsivo, la señorita Noemi intenta balbucear algunas sílabas ininteligibles, pero Minnie la interrumpe explicándose con volubilidad. No vaya á creer madrina que ha sido desobedecida. Minnie no ha alternado en lo más mínimo con los niños Peborde. Pero es lo cierto que al ver que el pilluelo acometía á Max, no ha podido soportar aquello, no ha podido... ¡Oh! permanecer quietecita, hubiera sido un crimen... Madrina, que no entiende una jota, propone á Minnie que vaya á que la laven y la curen... Pero Minnie no gusta de alfeñicarse. No es nada; un gran chichón. Lo que importa es que madrina se entere bien de lo ocurrido... Mediante un suplemento de explicaciones, madrina llega poco á poco á reconstituir el drama. En suma, Minnie intervino para defender al oprimido. Siguió las bellas tradiciones francesas que madrina tanto reverencia. Ante el enemigo todas las disensiones interiores deben desaparecer. Minnie no es culpable; al contrario, obró perfectamente. Esta aprobación tranquiliza el

corazón de Minnie, quien en el fondo de su ánimo acaso abrigaba un débil escrúpulo... Echa los brazos al cuello de madrina y la estrecha tan fuertemente, que le arranca un débil gemido. Sale después, pero antes de llegar á la puerta vuelve sobre sus pasos. gritando á madrina: «¡Ya le explicaré lo valiente que estuvo Max!» Y corre á explicar su aventura á Melania y á hacerse lavar la cara y las manos.

En tanto madrina, repuesta de la primera emoción, vuélvese hacia la señorita Noemi, expresándole su sorpresa por la fatal coincidencia de que precisamente Minnie estuviese jugando al lado de los niños Peborde en el momento en que se produjo ese incidente... La señorita Noemi conocía las instrucciones de madrina y hubiera obrado prudentemente evitando semejante aproximación.

La señorita Noemi, que aún no parece enteramente recobrada, siente que la flaquean las piernas. Desde el día en que, y desde entonces ya pasaron siete años, un simón la derribó en la avenida de los Campos Elíseos, no había experimentado tal sacudida... Pero hace un esfuerzo para cobrar ánimos, y humildemente, con la mayor valentía, sin reticencias, explica los hechos... Hace días que Minnie y los niños Peborde se

ven. Ciertamente, ella hubiera debido evitar tales encuentros. ¡Pero Minnie mostraba tal empeño! Con todo, tenga por seguro que ella no jugaba con los niños. Tan sólo se miraban. Alguna que otra vez el pequeñín venía a mendigar una sonrisa. La señorita Noemi no se atrevió á intervenir de un modo decisivo, á provocar una escena de desolación, sin orden de madrina. Ella pidió la orden. Pero no querían dársela. Jamás hubiera imaginado que pudiese ocurrir semejante catástrofe. La estancia de Minnie es tan corta que la señorita Noemi creía haber podido llegar al término de ella sin causar á Minnie una pena tan grande. Pero se ha equivocado. Comprende su error y se desespera.

Madrina calla. Tiene un elevado sentimiento de la justicia. Ciertamente, la señorita Noemi ha sido débil. Pero, ella, madrina, lo fué primero. El jefe es quien debe asumir las graves responsabilidades. Madrina las evadió, las evadió á sabiendas. La señorita Noemi es merecedora de las circunstancias atenuantes. Prestando la mayor dulzura á sus palabras, madrina le dice:

—Cálmese usted; reconozco que la situación era delicada; si tal vez su ternura para con Minnie le ha inspirado demasiada indulgencia, sería crueldad por mi parte el reprocharla.

El corazón de la señorita Noemi se derrite de alegría. La joven hace una mueca abominable. Su labio inferior se adelanta y tiembla, parece que vaya á engullir á su pequeña nariz. ¡Ah! ¡si pudiese hacerse pedazos por madrina! Lucha heroicamente á fin de no estallar en sollozos, pero no puede evitarlo. Madrina concluye:

—Cuento con su prudencia para que las cosas no pasen adelante.

Y esto diciendo, indica con un débil gesto que no se hable más del asunto. Pero la señorita Noemi reúne una vez más todas sus energías é insiste. Mañana Minnie querrá volver al parque de los Inválidos, volverá á encontrarse con esos niños y después de la tragedia de hoy ¿cómo evitar que se acerquen, que cambien noticias?... ¿Cuál es el deber de la señorita Noemi? ¿Alegar una consigna terminante y oponer su veto? Si madrina lo exige, está pronta á obedecer. Pero... ¡pobre Minnie!...

De nuevo aparece en la frente de madrina un débil surco de descontento. Dios mío, la señorita Noemi debería comprender... Pero en fin, tiene razón. Necesita órdenes. ¿Cuáles? La idea de que la hija de Mauricio, abandonada á su custodia, ha de trabar relaciones con los hijos de «aquella gente» le parece intolerable á madrina. Es imposible que